



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

DOMINGO 15 DE DICIEMBRE DE 1872.

NÚM. 115.



LA LUZ.

Este es el último número que por este año llegará á manos de nuestros lectores. El 31 de Diciembre se aproxima y con él la terminación del año.

Toda alma cristiana se siente poseida estos días de secretas tristezas. El nuevo plazo que Dios nos había concedido para corregirnos ha espirado ya. ¿Y le hemos aprovechado ó le hemos perdido cómo el último que Dios nos concedió? Me temo que le hayamos perdido también. No nos enmendamos jamás, y no hacemos otra cosa que poner á prueba la paciencia de Dios, que si es paciente, también es justo. Evitemos que Dios se canse de llamar á nuestro corazón, porque si él nos abandona definitivamente, ¡ay de nosotros!

La naturaleza también está triste. Las ramas secas de los árboles se agitan melancólicamente á impulsos del viento helado del Guadarrama y por la noche parecen brazos de espectros, que amenazan con catástrofes incomprensibles. Es la mortaja fúnebre la en que vá á dormir el sueño de tumba, el año que espira. El cielo está blanco como si hubieran tendido sobre él los ángeles una cortina. Las estrellas duermen su sueño eterno. El cierzo brama quejumbrosamente. ¡Ay del que no tenga casa y pan!

El año espira. El 31 de Diciembre debe ser un muro entre nuestro ayer y nuestro mañana.

Para otro año, otro corazón. Sepúltese las inmundicias del año que muere en una tumba, que jamás se abra. No nos acordemos de lo malo que hicimos sino para condenarlo: coloquemos una corona negra sobre el sepulcro de nuestros pecados y escribamos sobre su losa este epitafio: He dejado mi muerte en esa tumba y he resucitado para Dios. ¡Oh muerte, te he vencido!



MARTIN LUTERO.

Estos días los hombres cantarán, reirán, gritarán. ¿Se acordarán de qué su existencia tiene un año menos? Tomarán el nacimiento del hijo de Dios, como pretexto de sus diversiones y habrá algazara y ruido y orjías. Se llenarán los teatros, sonarán las panderas, habrá un júbilo universal. El cura católico cantará la misa del gallo, entre el estruendo de las carracas y la intranquilidad del buen pueblo aficionado siempre á los espectáculos.

¿Y el alma? ¿Qué dejamos para el alma?

Nada. Ningun propósito, ningun buen pensamiento para lo futuro. Despediremos al año,

que se va comiendo pavo y gallina; será una saturnal del estómago en holocausto del viajero que nos deja. Haremos el propósito de comer mejor, si podemos, el año que viene, de divertirnos más, de gozar más; haremos el propósito de excitar más nuestros apetitos y nuestras pasiones para poder caer mejor en el pecado; lo haremos todo menos volvernos á Jesucristo ¡Ah! ¿Y para qué queremos á Jesucristo si no es un manjar que se come, ni un vino que se bebe, ni una pasión en qué se goza?

¡Cuánto amamos la tierra! ¿Qué hay en el fondo de este corazón humano que nos hace amar tanto sus placeres, sus alegrías, sus deléites? El pecado. El nos subyuga, él nos vence. Pero lo más indigno es que nos dejamos vencer sin luchar con él. Ni siquiera le combatimos. Nos hace caer y lo encontramos muy natural. ¡Somos tan débiles! Sí, somos débiles; pero lo somos más, porque ni siquiera queremos utilizar las armas que Dios pone en nuestra mano para rechazar á Satanás.

El año termina. Que no sea el siguiente como el pasado. ¿Qué diríais si el firmamento estuviese siempre entoldado con espesas y negras nubes? ¿No diríais qué no había sido creado para estar siempre así? Pues pensad que eso ocurre con nuestras almas. Están entoldadas siempre: jamás brilla una estrella en su firmamento, y en verdad que Dios no nos ha dado á Jesucristo para eso.

Que acabe el año con nuestras culpas, con nuestras rebeliones. ¡Qué espectáculo tan grato el de un alma pura! La paz de Dios reinando siempre en ella, el amor á Jesús y hácia los hombres, la dulzura, la esperanza, la benevolencia habitando en ella. Un alma en esta disposición es un palacio de hadas, mejor dicho, es un palacio de Jesucristo. ¿Le tendremos por huésped el año próximo, ó le tendremos por enemigo? Contesten nuestros lectores.

Á LOS CRISTIANOS EVANGÉLICOS.

La esclavitud es una institucion inicua que el Evangelio condena. La esclavitud de los negros es el gran crimen de España y su castigo. Nosotros, como cristianos y como españoles, debemos protestar de esa abominable institucion que deshonorá á nuestra patria á los ojos de todos los pueblos cultos.

En los momentos actuales en que tantos ataques se dirigen á las reformas de Puerto-Rico, entre las que va envuelta la de la abolicion de la esclavitud, hemos creido conveniente dirigirnos á todos los cristianos evangélicos de España, y en particular á los pastores que están al frente de iglesias cristianas, para suplicarles que eleven exposiciones á las Córtes pidiendo la abolicion de la esclavitud.

Cuando tantas voces se elevan con el mismo objeto, no deben enmudecer los discípulos de Cristo.

(La Red.)

UN AÑO MÁS Y UN AÑO MENOS.

¡Un año más! ¡Qué terribles palabras!

Trescientos sesenta y cinco días menos de vida y trescientos sesenta y cinco días más de pecados para aquel que no ha creido verdaderamente en el Señor Jesús.

Un año perdido para el cuerpo y para el alma.

Un año perdido tambien para los que sólo tienen de evangélicos el nombre.

Tienen religion, dicen, ¿para qué? preguntó yo.

¿Para practicarla ó para olvidarla?

La tienen como se tiene un mueble de lujo; por el placer de poseerle.

No pueden decir del todo que no tienen Dios: es una moda que aún no está del todo aclimatada.

No progresan espiritualmente.

¿Qué tienen más que lo que tenían el pasado año? Más culpas.

Tienen todos los vicios de ayer, más los de hoy.

No creen, no esperan más que en lo de acá.

Están espiritualmente perdidos: son el mismo hombre siempre. La hora de la regeneracion no llega jamás para ellos.

No hay esperanza: no quieren la conversion.

Cuando veo á uno que asiste á todos los cultos y pregunto por su vida y me responden que es la de siempre, contesto: ¿á que entra ese hombre en el templo?

Viene á escuchar la armonía de la palabra del predicador: es un pecador un poco más artista que los demás, y eso es todo.

Pero en el fondo es siempre el mismo.

Era pendenciero, es pendenciero; se embriagaba, ahora tambien.

Cuando los demás oran en la Iglesia, ¿qué hace, en qué piensa él?

En nada.

Su conciencia es un lago tranquilo lleno de fango; ¡ay de él cuando una mano ruda altere aquel fango!

Un año menos de vida. Pensad, aunque no sea más que en esto.

Este año algunos cabellos negros habrán empezado á tornarse en blancos. ¡Cuántos deseos, cuántas ambiciones, cuántas miserias han pasado para no volver! ¡Cuántas ideas nos han atormentado, qué pesadillas tan terribles han caido sobre nuestro corazon!

«Hojas del árbol caidas.

Juguetes del viento son.»

Aquello ya no es más que una sombra. No ha quedado de todo aquello más que el pecado.

¡Siempre el pecado!

¿Empezarán una nueva vida con el año nuevo ó seguirán la vida antigua?

¡Oh, Cristo! ¿Tú no te apiadarás de ellos?

¿No les enviarás tu Santo Espíritu para regenerarlos?

Inspírales el deseo de quererle, de aceptarle y tú se lo enviarás.

Han sido de Satanás el año pasado. ¿Por qué no han de ser de Dios éste?

ROMA PAGANA.

ABSTINENCIAS.

Siempre se han practicado en las religiones de invencion humana abstinencias de varias clases, pues son los frutos naturales del corazon que se encuentra dispuesto á soportar algunas incomodidades, cuando se trata de una inclinacion poco pronunciada, para conservar mejor aún la libertad de entregarse sin freno alguno á una pasion dominante. Cuanto más inmoral es un pueblo, tanto más numerosas tambien son las abstinencias, y es porque se establece generalmente una correspondencia ó compensacion entre esos vicios que no se quiere desechar, y las leves penitencias que para librarse de las consecuencias del mal se imponen los hombres. Así sucedió con los paganos. Abstuvieron los unos de comer carne, tales como los braemanes, de los cuales nos habla du Choul; (1) impusieron otros ayunos penosos, segun que lo relata Horacio; (2) ó se infligieron castigos corporales azotándose con látigos. (3) En Lacedemonia, por ejemplo, se habia instituido la fiesta de la flagelacion; otros por fin impusieron la regla de vivir en el celibato; pero por lo ménos estos demostraban que obraban de buena fé y que no hacian votos públicos con el intento de quebrantarlos en secreto.

Unos se rasuraban la cabeza, (4) otros iban en peregrinacion á algun santuario (5), hacian novenas sagradas, como lo dice Marolo, y todas aquellas prácticas se llevaban á cabo, en vez de practicar la santidad.

Dios tuvo compasion de la pobre humanidad y para sacarla de las tinieblas morales en que yacia, le dió la antorcha de su Palabra y desde entonces, ella supo que el Señor mira al corazon y no á las obras exteriores, que lo que le agrada no es el abstenerse de carnes, ni tampoco el celibato de los sacerdotes, ni aún las maceraciones de los religiosos, ó las peregrinaciones de los paganos devotos, si no la pureza de las costumbres, la caridad para con el prójimo, y sobre todo el amor á Dios.

Por eso dijo San Pablo: (quien sin duda tenia presente estos actos paganos). «De todo lo que se vende en la carnicería comer sin preguntar nada por causa de la conciencia, porque del Señor es la tierra; (6) las viandas que Dios crió para que con accion de gracias, participasen de ellos los fieles, porque todo lo que Dios crió es bueno y nada hay que desechar, tomándose con accion de gracias. (7)

Los Apóstoles condenaron el celibato de los sacerdotes casándose ellos mismos, lo que el evangélico hace patente cuando menciona á la suegra de San Pedro (8) y

(1) Hieron., adv. Jovin., lib. II.

(2) Tito-Livio, Decad. 4. lib. VI.—Ovid., lib. IV, Fast.

(3) Hieron., lib. II.—Apol., asin., auz. lib. VIII.—Ver tambien la apologética de Tertuliano.

(4) Juven., Sal. 6.

(5) Posphysius apud. Eusebium, prepar. Evang. lib. III.

(6) I. Cor. X. 25 y 26.

(7) I. Fius IV, 3 y 4.

(8) Lac. IV. 38.

tambien San Pablo cuando dice, que tanto Pedro como los otros apóstoles, traian consigo una mujer hermana; (1) y por último, el mismo apóstol recomienda á Timoteo que el obispo fuese marido de una sola mujer. (2)

Vemos tambien, como por su doctrina abolió Jesús todas aquellas peregrinaciones, novenas, idas y venidas á tal templo ó lugar especial, para tributar allí un culto á Dios, haciendo comprender que la adoracion, siendo como es un acto del corazon, no está unida con una Iglesia más bien que con otra, cuando dijo á la mujer samaritana que le preguntaba, si era obligatorio adorar á Dios en el templo de Jerusalem, ó sobre el monte de Garizin. «La hora viene y ahora es, cuando ni en este monte ni en Jerusalem, adorareis al Padre. Dios es Espíritu y los que le adoran en espíritu y en verdad es menester que adoren.» (3)

Hé aquí lo que ha obrado el verdadero cristianismo: ha sustituido á la devocion meramente exterior y que se cumple con los labios, las manos ó los piés, la piedad del corazon y esos sentimientos de amor, de gratitud y de adoracion para con Dios que se manifiestan en una vida santa.

Ahora, pues, ese resultado, ¿no es propio para excitar en nuestros corazones la más viva gratitud para con el Señor, y para convencernos al mismo tiempo que esta religion es la obra de Dios, así como el paganismo era la obra del hombre?

RENTAS DE LOS SACERDOTES PAGANOS.

Digno es el obrero de su jornal (4) dice la Biblia. No hablaríamos aquí de las exorbitantes obvenciones de los sacerdotes paganos si se hubiesen contentado con el sueldo que, como á obreros les correspondia. Pero su ambicion y su codicia contrastaban de tal modo con supretendida piedad, que no podemos pasar este artículo en silencio, tanto más, cuanto que comparada su avaricia con los preceptos desinteresados del cristianismo, resulta más la divinidad de nuestra religion.

Cuando un pagano queria que los dioses le fuesen propicios, iba y pedia á un sacerdote que ofreciera un sacrificio en su nombre, y por esto tenia que pagar al sacerdote. (5)

Concíbese cuán fácil era incitar al pueblo á que multiplicara los sacrificios, espantándole con el terror que sus pecados le inspiraban. En otras ocasiones, persuadíanle á que hiciese rogativas por los muertos, rogativas que para ser eficaces, tenian que ser pagadas; y por eso el pagano que habia amado á su padre y á su madre, se apresuraba á desembolsar algunas cantidades con la esperanza de arrancar á sus padres á los tormentos de las furias. Incitaban además á los enfermos y á los moribundos á hacer testamentos en su favor para hacer despues de su muerte rogativas y ofrecer sacrificios que llegasen á hacer propicios á los dioses. «De este modo pagaban su entrada en los Campos Eliseos.

El alto clero tenia otros recursos además. El Sumo Pontífice, por ejemplo, imponia contribuciones públicas y obtenia tambien dotaciones de personas particulares. Llegó en Roma aun hasta á patrocinar el indigno tráfico de las mujeres públicas, con tal de recibir de ellas el diezmo de sus ganancias, y así autorizaba por el dinero lo mismo que condenaba. Tambien tuvieron los Sumos Pontífices una fuente abundante de riqueza en lo que se llamaba las *anatas*, es decir, que tomaban para sí mismos la renta del primer año de los beneficios que daban, vendian ó dispensaban. Con esto se vé que el templo pagano habia llegado á ser la tienda del mercader y que hubiera podido decir Jesús á todos aquellos tratantes, como dijo á los judíos: «Quitad de aquí esto, y no hagais la casa de mi Padre casa de mercado; habeis hecho de mi casa cueva de ladrones. (6)

Afortunadamente ha venido el cristianismo á poner un freno á tan repugnante avaricia, y derribar esa andamiada mercantil, para establecer en su lugar una re-

(1) I. Cor. IX. 5.

(2) I. Fius. III, 2.

(3) Juan IV. 21, 24.

(4) I.ª Tim. V. 18.

(5) Para conocer de dónde procedian las rentas sacerdotales recordadas en estas páginas, ved Blondus, Rom., triumph., lib. II, p. 33.—Tito Livio, lib. IX.—Cicero de leg. lib. I.—Tito Livio XXX.—Suetonio in Claudio.—Apolog. de San Justino.—Suetonio Vida de Caligula.—Hozart, Serm. lib. II.

(6) Juan II. 16.—Luc. XIX, 46.

ligion de gracia y de amor. Júzguese de esto, leyendo los preceptos dados por su divino autor. Con el fin de guardarles del ejempl contagioso de aquellos sacerdotes, dijo Jesús á sus discípulos: «De gracia recibisteis, dad de gracia; no poseais ni plata ni dinero en vuestras bolsas; (1) no hagais tesoros en la tierra, más haced tesoros en el cielo. (2) Obrad, no por la comida que perece, más por la comida que á vida eterna permanece, (3) y San Pablo, que no quería vivir á expensas de las iglesias, encargó á su discípulo Tito de elegir por obispos á hombres que no fuesen inclinados á ganancias deshonestas. (4) Desde entonces se vieron obligados los sacerdotes á vivir con sencillez, y los pueblos pudieron guardar su dinero para comprar con él pan. Hubo en los primeros menos ostentacion, menos lujo, y menos desórden, y los pobres sufrieron menos de su miseria.

Yo pregunto otra vez: ¿no pone de manifiesto la rapacidad de aquel clero pagano que su religion era humana, mientras que evidencia la religion cristiana su origen divino, por la abnegacion, el desinterés y la caridad de los que la profesan, cuando siguen el ejemplo de su divino Maestro y Salvador Jesucristo?

SENCILLA Y LIGERA MEDITACION

SOBRE EL EVANGELIO Y LA SOCIEDAD.

«En el camino de la justicia está la vida; y solo la justicia engrandece una nacion.»

(Proverbios de Salomon).

El movimiento político que hoy agita nuestra nacion, ha de tener un fin, ha de tener una solucion; este fin y esta solucion, si se quiere marchar por las sonrosadas sendas de la libertad, ha de ser la práctica de las puras doctrinas del Evangelio. Pretender encontrar fuera de esta práctica una solucion estable y de bienandanza, es pretender un imposible, es empeñarse en buscar la armonía en la contradicción.

Este movimiento de principios y tendencias extremadamente opuestos, manifiesta que en España, dígalo París, dígalo Roma, ó somos demasiado avanzados en el modo de apreciar las libertades públicas, ó muy restrictivos. Y esto, ¿por qué? Porque nuestros hombres políticos no hacen caso de las puras doctrinas del Evangelio, que es la justicia magna, é ignoran ó aparentan ignorar, que solamente esta justicia puede engrandecer nuestra nacion.

Nada hay que temer por hoy del movimiento carlista é intransigente. Pero ¿quién duda que este segundo partido puede turbar mañana la paz y armonía de nuestro pueblo? Inútil sería negarlo, tan inútil como arrancarse los ojos para impedir que la luz del sol siguiera alumbriendo. Esos dos bandos políticos pelearán hasta morir ó vencer. Y si nuestra prevision no halla un remedio, si la inteligencia de nuestros gobernantes no bebe del manantial inagotable de justicia, el Evangelio, para dictar leyes sábias, justas y libres, viene indispensablemente uno ú otro de los dos monstruos que nuestra regeneracion ha visto pasar como un meteoro rojo de sangre, esto es, el monstruo religioso inquisitorial, ó el monstruo ateo francés, uno y otro harto deplorables.

Veamos y analicemos. Lo que se presenta ante los ojos de un observador imparcial, es que el Evangelio vá tomando incremento en la nacion de la intolerancia y de las supersticiones; que los principios evangélicos, y por consiguiente democráticos, forman ya parte de nues-

tra vida; que las ideas de justicia y de libertad desprendidas del Evangelio, que son como el fundamento en que se sientan las sociedades modernas, van arraigándose en los corazones de los hijos de aquella generacion que hallaba todo su placer sirviendo á los reyes absolutos, y que se regocijaba ante el horrible y detestable aspecto que ofrecia un *Auto de fé* público. Toda organizacion social que venga á negar esos principios, que se ponga en contradicción con ese fondo de ideas y sentimientos, es decir, con las doctrinas [verdaderas de Jesucristo, es, pues, de imposible realizacion. ¿A qué, pues, tanto alarido de socialismo? ¿Por qué hacernos tragar la pildora á mano armada? Por muchas y muy distintas que sean las teorías que quieran resolver ese pretendido antagonismo de los intereses sociales, no podrán conseguir más que un ruido vano, una popularidad del momento, ruido y popularidad que serán destruidas por la reflexion, por la crítica del buen sentido. Y... ¿por qué eso? Porque esos sistemas y esas doctrinas, al querer reformar la sociedad, han herido el sentimiento más vivo del corazon humano, ese sentimiento que es como la raiz de donde arrancan todas las libertades, el sentimiento de la personalidad humana. El Evangelio es antitético, la democracia, por su naturaleza contraria á todos los sistemas socialistas. El Evangelio, de donde nace la democracia, no puede admitir que se legisle sobre la propiedad, porque la propiedad no es más que la manifestacion, la dilatacion, por decirlo así, de nuestra personalidad soberana; no puede admitir que se legisle sobre el trabajo, porque no hay propiedad libre si el trabajo no es libre; porque reglamentar el trabajo es mutilar al hombre. El Evangelio viene á combatir los dos extremos sociales, los dos despotismos; viene á defender la libertad del hombre, como vino á combatir el despotismo clerical del sacerdocio israelita, á arrancar al hombre de las manos de su Señor. «Estad firmes en la libertad con que Cristo os hizo libres, y no volvais otra vez á ser presos en el yugo de la servidumbre, yugo que ni nosotros ni nuestros padres hemos podido sufrir.»—(Gal. v, 1; Hech. xv, 10.) Nadie tema á la verdadera libertad, porque ésta, en todas partes donde existe, produce el orden y el bienestar; no hay que temer tampoco al Evangelio, porque su doctrina está creando en diferentes partes, en los Estados-Unidos, Suiza, Inglaterra, Holanda y Alemania, las maravillas del siglo.

Dirán: «Pero si el Evangelio combate todos los sistemas socialistas, si no piensa en reformar á nuestra manera la sociedad, ¿de qué modo resolverá la cuestion social? ¿Cómo podrá aliviar la situacion y mejorar las condiciones del pueblo? ¿Cómo podrá estirpar la miseria?» ¿Cómo? Fácil cosa. Enseñando á los hombres á ser buenos con la esperanza de un galardón eterno; arraigando en ellos el espíritu de libertad, pero una libertad tal que ellos conozcan, no sólo sus derechos sino tambien sus deberes; dándoles preceptos tan sublimes como *amaos los unos á los otros*; si alguno quiere ser el primero, será el postrero; el que quiera de entre vosotros hacerse grande será vuestro servidor; los príncipes y señores de este mundo se enseñorean de las gentes, más entre vosotros no será así, etc. etc., lo que sería largo enumerar. (Véase Mateo, cap. IX, XIX y XX). ¿Dónde hay un sistema mejor, más justo, más verdadero, más hermoso, más infalible para resolver todas las cuestiones de la vida humana? ¡Sí, una y

mil veces! por medio del Evangelio y su libertad podemos ser felices; pero no queremos serlo. ¡Ah! Las más de las veces el Evangelio no es más que el objeto de las declamaciones de los padres de nuestra patria; rara vez ó casi nunca comprenden que en él está el secreto de nuestra regeneracion moral, política, social y religiosa! El Evangelio y sólo el Evangelio es el que puede y debe resolver la cuestion social; es el que puede y debe mejorar las condiciones del pueblo. Nuestros diputados lo han confesado en el Parlamento elogiando á aquellos puritanos que han formado la sorprendente república norte-americana. ¿Por qué, pues, siguen diferentes sistemas? ¿Por qué, pues, no abrazan el Evangelio? ¿Por qué no son ellos neo-puritanos? ¿Por qué dicen que la Reforma religiosa, que no es otra cosa sino el Evangelio puesto en práctica, es una planta exótica que no puede arraigar en este país; que es doctrina extranjera, como si el bien y la verdad tuvieran patria?

Hasta hoy se puede decir que la historia del mundo es la historia de la guerra; en adelante, si el Evangelio en toda su pureza se encarna en el corazon de la sociedad, la historia de los pueblos será sin duda alguna, la historia de la paz, del trabajo y de la felicidad que produce un pueblo culto. El Evangelio tiene mil medios para realizar el bien de la humanidad toda. Las naciones que viven ya de esta vida, saben lo que ese libro sagrado significa; esas naciones saben que el principal, el gran instrumento de progreso es el recto uso é interpretacion del Evangelio. Cuando sus doctrinas sean una verdad práctica en el seno de nuestra sociedad, que no lo son hoy, no porque sean plantas exóticas, sino porque el humo de las hogueras de la Inquisicion las ahuyentaron; no porque no sea posible, sino porque todavía se las oponen mil preocupaciones estúpidas; cuando el Evangelio haya penetrado en los corazones de los españoles; cuando la libertad se haya infiltrado en nuestras costumbres; cuando el hombre comprenda que su voluntad es libre, como libre accion tiene en cualquiera de sus actos; cuando llegue á saber que el Evangelio no esclaviza como prácticamente le ha enseñado la Iglesia de Roma, ese día de nuevo sol, el problema social habrá desaparecido.

Espanoles: confiad en el Evangelio, porque el Evangelio es la justicia suprema. Confiad en la libertad, porque la libertad es el aire vital para nuestros gangrenados miembros. Si el Evangelio y la libertad penetran en lo más profundo de nuestro espíritu, de allí arrancarán una fórmula que desafíe y venza á todos los sofismas y absolutismos. Si se nos dice, como antes de ahora se nos ha dicho, *dáme pan y llámame tonto; más vale un pedazo de pan que todas las libertades*, contestemos que sólo la libertad con el Evangelio, puede aliviar la miseria de nuestra sociedad.

FRANCISCO CAERERA.

Sevilla 10 Diciembre 1872.

OCHENTA AÑOS DE LUCHA.

V.

La entrada del duque de Alba en Bruselas, fué verdaderamente glacial. Ni los condes de Egmont, Arschot ni Mansfels, salieron á recibirle. El pueblo le contemplaba á él y á sus soldados sombría y taciturnamente. Los soldados de la guardia de la princesa Mar-

(1) Mat. x, 8, 9.

(2) Mat. vi, 19, 20.

(3) Juan, iv, 27.

(4) Tit. i, 7.

garita, no querian dejar entrar en el palacio á los albarderos del duque, y estuvo á pique de haber una colision. Por otra parte, la entrevista entre el de Alba y la regente fué fria por todo extremo. Esta se ofendió gravemente cuando supo que el duque, no solo llevaba poderes de capitán general, sino otros más amplos aún para hacer y deshacer en lo tocante á la rebelion. Escribió á Felipe II instándole á que la relevara de su cargo, exponiéndole las fatigas, los sufrimientos y los peligros que su misma vida habia corrido por conservar aquellos Estados, y haciéndole comprender cuán mermado quedaba su prestigio equiparando con ella al de Alba, y se deshacia en otra multitud de quejas que no por habérselas expuesto al rey su hermano en distintas ocasiones, eran ménos justas y sentidas.

El de Alba manifestó desde el día siguiente á su llegada á Bruselas, que hácia poco caso de la princesa y de su autoridad. Nombró sin anuencia de ella un consejo para conocer en los delitos de rebelion. Este consejo se denominó el Consejo de los Tumultos (Conseil des Troubles) ó más frecuentemente el Tribunal de la Sangre. Se componia de doce personas, siete jueces, y los correspondientes fiscales y procuradores. Los crímenes del duque de Alba, porque no hallamos otra palabra más suave para calificar sus actos, empezaron por una maldad ruin y repugnante, indigna de un hombre honrado. Acordó celebrar consejo en Bruselas para tratar de las fortificaciones de Thionville y Luxemburg, y al efecto cito á los condes de Egmont, Horn, Aremburg, Mansfeld, Archot, Noirquemes, Chapino Vitelli y Francisco de Ibarra. No faltó ni uno solo. Cuando el de Alba lo creyó oportuno, levantó la sesión. Iba á salir el conde de Egmont y Sancho Dávila que mandaba uno de los tercios, acercóse á él y le intimó que le entregara su espada. El conde lo hizo y no pronunció mas palabras que estas. «Tomadla; pero sabed que con este acero, por desgracia, he defendido muchas veces la causa del rey.» El de Horn fué preso por el capitán Salinas. Cuando supo el cardenal Granvela, que se hallaba en Roma, estas prisiones, cuentan que dijo: «¿Ha sido preso tambien el Taciturno? El Taciturno era el de Orange. Y como le respondiése que no, añadió: «Pues no habiendo caido aquel en la red, poca caza ha hecho el duque de Alba.» Terrible efecto causaron estas prisiones en el pueblo, y se decia que la prision de aquellos nobles era la prision de toda Flandes, y se los censuraba por haber confiado en un hombre del carácter y de los antecedentes del duque de Alba.

Llegó por fin la tan ansiada aceptación de la renuncia, que del cargo de regente habia enviado á Felipe la princesa Margarita, y como al mismo tiempo la hiciese varias mercedes, ella le escribió dándole las gracias y diciéndole entre otras bellas cosas lo siguiente: «Y tened en memoria que cuantomás grandes son los hombres y más se acercan á Dios, tanto más deben ser imitadores de esta gran bondad divina, poder y clemencia y que todos los reyes y príncipes, cualesquiera que hayan sido, se han siempre contentado con el castigo de los que han sido cabezas y conductores de los sediciosos, y cuanto al resto de la muchedumbre los han perdonado... Las mismas exhortaciones á la clemencia hacian al rey los condes de Barleymont y de Mansfeldt desde Flandes, y el cardenal Granvela desde Roma; pero Felipe II no hacia caso, y el duque de Alba seguia su sistema de terror y de exterminio. Para que los procesos adelantaran con rapidez, si aquellos podian llamarse procesos, reunia el Tribunal de la Sangre en su propia casa, y celebraba á veces una ó dos sesiones diarias. Cada día tenian lugar nuevas prisiones. Como no pudo haber á las manos ni al príncipe de Orange, ni á su hermano, ni á otros nobles, los cito por público edicto para que se presentaran en Bruselas en el término de cuarenta y cinco días, para dar sus descargos en las causas incoadas contra ellos. Pudo el de Alba apoderarse, ya que no del padre, de un hijo del príncipe de Orange que estudiaba en la universidad de Lovayna, y le envió á Madrid; bárbara crueldad que solo en un hombre como el duque de Alba puede comprenderse.

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

DOCTRINA EVANGÉLICA PRIMITIVA.

§. V.—EL JUICIO FINAL.

La misericordia de Dios y su justicia, se manifestarán á la par en el último día por el cumplimiento de la promesa de nuestra salvacion hecha á nuestros padres desde el principio, y por la purificacion de nuestras almas con la espacion que hizo Jesucristo para borrar las malas obras ó pecados del género humano. (Génesis, cap. III, vers. 15. Isaías, LIII, 4, 5. San Mateo XVIII, 14. San Lucas, XIX, 40.)

Jesucristo juzgará al mundo en el día señalado por Dios Padre, que le dió potestad para fijar al hombre su destino ó estado definitivo, segun la fé que hubiesen manifestado. (San Juan, XIV, 12. Santiago, II, 17, 26.) Entonces se verificará una separacion eterna. Los buenos gozarán una felicidad inefable, y se unirán para siempre con Dios, de quien proceden. (Génesis, I, 26. II, 7.) Y á los reprobos se les condenará á un lugar llamado infierno, donde los padecimientos son mayores y más terribles que lo que nosotros podemos imaginar.

Aquel día será de tinieblas y de torbellino. Ante la Faz de Dios fuego devorador, y en pos de Él, llama abrasadora. Grande será la perturbacion de las gentes, como ruido de carros de guerra sobre las cumbres de los montes. Se estremecerá la tierra, los cielos serán conmovidos: el sol y luna se oscurecerán y las estrellas retirarán su resplandor, y acaecerá despues de esto, que todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo. (Profeta Joel, II, vers. 1, 3, 5, 10 y 32. 2.ª Epístola de San Pedro, III, 10, 12.) Los hombres quedarán yertos de terror y recelo de estas cosas asombrosas que sobrevendrán á todo el universo, y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con gran poder y magestad. Se sentará en el trono de su gloria, y hará comparecer ante sí á todas las naciones, y separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, poniendo las ovejas á su derecha y los cabritos á su izquierda. Entonces dirá á los que están á su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesion del reino que os está preparado desde el principio del mundo.» Al mismo tiempo dirá á los que están en la izquierda. «Apartaos de mí malditos al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles.» (San Lucas, XXI, 25, 26 y 27. San Mateo, XXV, 31, hasta el fin.)

La salvacion es, sin embargo, y á pesar de las obras, puramente gratuita, porque Dios, en su infinito amor á los hombres, destinó á su Hijo el Verbo, á que sufriese el castigo que merecian por sus maldades, siéndoles propicio el sacrificio, siempre que crean en Él y se arrepientan. (San Juan, III, 16 y 36, 20, 31. Actas, X, 43. Romanos, I, 17. III, 23, 27.) Para tener esta fé, necesitamos la gracia y el poder de hacer buenas obras para glorificarle, y manifestar nuestro amor y reconocimiento. (Efes. II, 8, 9. Tit. III, 5, 7. San Mateo, V, 46.) La gracia podemos obtenerla por medio de la oracion y el arrepentimiento de nuestras faltas.

Si por las obras solas alcanzásemos la salud, ya Jesucristo no nos seria perfecto Redentor, ni habria salvado á los hombres, si no los hubiese hecho salvadores y justificadores de sí mismos, lo cual repugna á toda la Santa Escritura. Al que obra no se le cuenta el jornal por gracia, sino por deuda. Mas al que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fé le es imputada á Justicia. (Rom. IV 4 y 5.)

Hemos dicho que no hay sino dos destinos eternos para el hombre, cielo é infierno. Fuera de estos, no hay otro lugar donde las almas puedan purificarse despues de la muerte de los cuerpos y hacerlas pasar á la presencia de Dios. Así lo explica Jesucristo y su parábola. San Lucas, XVI, 19 hasta el fin.) La doctrina del purgatorio es impia y falsa, y dá ocasion á la duda en la perfectísima y absoluta purificacion de la Sangre de Cristo. En esta absurda suposicion se apoya Roma para su odioso tráfico de las indulgencias, sufragios, mandas piadosas, aniversarios, misas religiosas, etc., que enriquecieron á un clero insaciable. «Nadie, ni nada, puede redimir á su propia alma, cuyo rescate es de muy subido precio. (Salmo 49, vers. 6, 7 y 8, San Mateo XVI, 26.) La doctrina metalizada de Roma es altamente ofensiva á la justicia de Dios que no reconoce acepcion de personas.

Los ricos tendrian probabilidad de ir más pronto á la gloria, y solo los pobres permanecerian más tiempo sufriendo en el purgatorio: dice Jesús aludiendo al mal uso de las riquezas: «En verdad, os digo, que difícilmente un rico entrará en el reino de los cielos.» (San Mateo XIX, 23, 24. San Marcos X, 24.)

No sabiendo el día de la venida del Señor, debemos estar preparados para comparecer en su presencia. La Iglesia debe estar apercebida, á fin de recibir á su esposo, teniendo presente la parábola de las diez vírgenes de que trata San Mateo XXV, vers. 1 hasta el 13. Los muertos resucitarán libres de las ligaduras del mundo, si se hubiesen hecho dignos de igualarse á los ángeles y de ser hijos de Dios, porque el Señor no es padre de muertos sino de vivos, porque todos vivirán en Él.

Nuestro Señor Jesucristo quiere que nos fijemos en la venida del día en que nos ha de juzgar, para que evitemos el pecado, y que ignorando la hora en que vendrá el Señor, rechacemos toda seguridad carnal y presuncion y estemos siempre vigilantes y preparados para decir: «Ven, Señor Jesús, ven pronto.—Amen.»

JOAQUIN MORENO DE LAS PEÑAS.

LA PAZ.

Paz por todos deseada
Y que vales más que todo;
Perla arrojada en el lodo
Cual si no valieras nada,

Los hombres, allá en su anhelo,
Te elevan hasta las nubes;
Tú los conoces y subes
Sin detenerte hasta el cielo.

Que es cosa entre ellos corriente
Hablar más de lo que olvidan;
Aspides en su alma anidan
Y hablan de su amor ferviente.

Seis mil años lleva ya
La humanidad de martirio;
Pero antes que su delirio
El mundo se acabará.

Tras cruel y sangrienta guerra
El hombre se precipita;
Parece que está maldita
Toda la faz de la tierra.

Hoy por estas teorías,
Por otras nuevas mañana,
Se riegan con sangre humana
Las calles todos los días.

Y nadie quiere acordarse
Que es infame retroceso,
Comprar con sangre el progreso
Que debe con paz comprarse.

¡Amor! Que sea esa la estrella
Del débil como del fuerte;
No busquemos á la muerte,
Que harto pronto viene ella.

De otros pueblos aprendamos;
Cubra el rubor nuestra faz:
Ellos avanzan en paz
Y nosotros nos matamos.

Que callen nuestras pasiones
Y que hable nuestra conciencia:
Tambien hay su Providencia
Para las malas naciones.

A. SANCHEZ DEL REAL.

LOS PREDICADORES.

IV.

De las ideas que hemos expuesto en los anteriores artículos, se deduce que no admitimos las predicaciones sin preparacion. Acompañemos la preparacion con la oracion, pero no vayamos jamás al púlpito sin haber pensado lo que hemos de decir en él. ¡Cuántas veces hemos visto á predicadores que iban mal preparados repetir sesenta veces las mismas cosas y gastar un cuarto de hora en concluir su sermón, porque no sabian la manera de hacerlo! Un cristiano refiere de un predicador, que habiendo hecho un discurso excesivamente corto, y queriendo alargarle un poco, estuvo por espacio de un cuarto de hora repitiendo esto: «Hermanos míos, yo quisiera deciros, que... que...» y añade graciosamente el cristiano aludido: Este que... que... es la frase más larga que se ha pronunciado desde el principio del mundo. Otro cristiano refiere, que viajando por Francia entró un domingo por la mañana en una iglesia del campo. Salió el pastor é hizo un discurso de veinte minutos, concebido próximamente en estos términos: «Hermanos, hermanos míos bien amados; os hablé hará ocho dias de uno de los deberes de más alta importancia, de la humildad, y porque este deber es de la más alta importancia, quiero, áun hoy, hermanos, hermanos míos bien amados, exhortaros á la humildad. Hermanos, hermanos míos bien amados; os decía el domingo próximo pasado, que por la humildad érais muy agradables á Dios, y como os importa mucho, hermanos, hermanos míos bien amados, ser agradables á Dios, yo os excito de nuevo á ser humildes...» El sermón continuó sobre este tema y con este tono durante los veinte minutos, y de ellos diez los empleó en repetir las palabras: «Hermanos, hermanos míos bien amados.» Esto, ¿es un sermón? Los que acudieran á él, saldrian muy edificadas y comprendiendo las excelencias de la humildad? Mucho lo dudamos.

Subir á la Cátedra del Señor sin estudio y sin preparacion, es faltar á Dios y á sus oyentes. A Dios, porque es tratar con descuido y con ligereza las cosas divinas; y á sus oyentes, porque estos tienen derecho á sus trabajos, á sus vigiliyas y á sus estudios. Es casi un pecado subir á la Cátedra del Espíritu Santo en la seguridad de que no se vá á enseñar nada ni á edificar na la, y solo se van á repetir vulgaridades que uno oye todos los dias y en cualquier parte.

Entiendáse lo que decimos. Al decir que todo predicador ha de prepararse, no queremos decir que haya de escribir el sermón, que se le aprenda de memoria y le pronuncie despues. Esto será segun las cualidades del que ha de predicar. Si es hombre de talento, de conocimientos, y tiene facilidad de hablar, le bastarán con unas simples notas; si no tiene estas cualidades, no tendrá más remedio, si quiere cumplir bien con su cometido, que escribir el discurso y aprendersele. Hay hombres de grandes conocimientos á quienes les basta una hora de meditacion para formar un excelente sermón que pronunciar, tal como le han concebido, sin necesidad de escribir ni una sola palabra. A estos nada tenemos que decirles.

Otro defecto debe evitar el predicador elocuente; el abuso de su propia elocuencia. Es un precepto oratorio que todo orador debe usar un lenguaje acomodado al público que le escu-

cha. ¿Qué hubiera hecho Bossuet ó Lacordaire con pronunciar uno de sus magníficos sermones delante de un público de aldeanos? No le hubieran entendido, y su trabajo habria sido perdido completamente. Pero áun cuando el predicador tenga que dirigirse á un público ilustrado, debe evitar el escollo de que hablamos. Puede olvidar el fondo por la forma, puede hacer una bellísima obra literaria, y así y todo, no edificar.

Mediten nuestros predicadores sobre estas ideas; muchas de ellas las hemos escrito en vista de los defectos que en ellos hemos creído encontrar. Nuestra intencion al exponerlas ha sido recta. ¡Ojalá contribuyan á corregir algunos errores y á destruir algunas preocupaciones!

BLANCA GAMOND.

Quando nos acordamos de cualquiera de aquellos ilustres mártires que en los pasados siglos murieron por su fé; cuando estudiamos sus sufrimientos y sus amarguras, el alma se siente llena de honda tristeza por lo que padecieron, y abomina la iniquidad de los perseguidores de la conciencia. Nuestros mártires del siglo XVI, viven en la memoria de todos los pueblos: los protestantes franceses, perseguidos y exterminados á fines del siglo XVII, ocupan también una brillante página en la historia de los martirios de la humanidad. Si nuestra Inquisicion hizo muchas víctimas, no han dejado también de hacerlas los Reyes y los Parlamentos. ¡Con qué interés se siguen los procedimientos, siempre ilegales, empleados contra los mártires de la conciencia; con qué afán se inquieren todas sus acciones; cómo se apasiona el alma por aquellos grandes caracteres y encomia sus menores actos, sus menores gestos, sus más sencillas respuestas!

Blanca Gamond fué una de estas ilustres víctimas de las persecuciones llevadas á cabo contra los protestantes franceses de fines del siglo XVII. Nació en el Delfinado, en la pequeña ciudad titulada Saint Paul-Trois-Chateaux. Toda la comarca estuvo expuesta á las persecuciones más violentas en los tiempos anteriores á la revocacion del edicto de Nantes. La misma Blanca Gamond escribió el relato de sus persecuciones, y hé aquí cómo se expresa: «En el año 1683, en el mes de Febrero, comenzamos á ser perseguidas. Nuestra ciudad fué la primera del Delfinado á quien cupo suerte tan horrible. Nuestro obispo hizo venir seis compañías del regimiento de Vendome, y unas veces llenaba de soldados la casa de Mr. Piffard, que era por entonces nuestro pastor, y otras las de mi padre.» Como era natural, así que llegaron los soldados, el templo de Saint-Paul fué cerrado. Los habitantes más fieles á la causa de Jesucristo habian asistido al culto cristiano que se celebraba en un sitio próximo á la ciudad, pero aquella familia no habia podido asistir. A más, como esto llegase á noticia del obispo fué prohibida aquella reunion. Los soldados, aposentados en casa de los padres de Blanca, los arruinaban; los vecinos, irritados contra ella, escitaban al pueblo contra los habitantes de aquella casa; el obispo ofrecia dinero á su madre para que la joven abandonara á Jesucristo; pero todo era inútil. Ni vejaciones, ni injurias, ni promesas, ni amenazas, nada podia separarla de su amado Señor. Un dia tuvo que soportar las violencias de los soldados que qui-

sieron llevarla á la fuerza á la Iglesia; ella es resistió y venció. Pero esto y la nueva de que Mr. Chamien habia sido enroddado en Chontel-mart la hicieron pensar seriamente en el martirio. ¿Podria resistirlo? Dios la daria valor bastante para sufrirlo? Entonces hizo una cosa que han hecho muy pocos mártires; para probar si podria toierar el martirio, puso ella misma una de sus manos en el fuego y se la dejó abrasar. Despues, como sintiese toda su debilidad de mujer ante el dolor espantoso que aquel acto heróico la produjo, oró á Dios para que la diese fuerzas, la preservase de los halagos del mundo y la diese su santa paz. Mr. Murat, su amigo, pastor de una aldea cerca de Marsella, la escribió por entonces una admirable y sentida carta escitándola á perseverar en su fé y en su fidelidad.

Pero cada momento que pasaba, la situacion de Blanca iba haciéndose más crítica. Para sustraerse á los peligros de una abjuracion forzada, Blanca decidió huir. Por espacio de algunos dias estuvo oculta en una posesion de su familia, próxima á Saint-Paul. Su padre y su madre, que estaban allí, la recibieron con regocijo y decidieron huir con ella á Oranje. Pero allí no encontraron el asilo que esperaban. Habia llegado la órden de expulsar á los refugiados, y toda la familia tuvo que huir despues de no pequeñas dificultades. Andaban por el dia, y por la noche se quedaban en los bosques; á veces en la cabaña de un leñador ó en ocasiones en la choza de un pastor; allí en fin, donde querian concederles por unas pocas horas un pedazo de suelo y de techo bajo el cual descansar y cobijarse.

(Se continuará.)

LA VIDA ETERNA.

PRIMER DISCURSO.

Problema del destino humano.

(Continuacion.)

Nosotros buscamos lo bello y lo verdadero, de la misma manera que buscamos el bien. En este terreno, el problema que nos ocupa se presenta claro por todas partes. Aspiramos, por ejemplo, á la santidad, y aquellos á quienes consideramos más avanzados en su ruta, son los primeros en quejarse de la distancia á que se hallan de su fin. ¿Es ilusion esta accion? Buscamos un bien moral que no podemos alcanzar plenamente; deduciremos por ello que es inútil todo empeño en conseguirlo, y que es menester por tanto renunciar á su posesion. ¿Se sigue de aquí que su averiguacion es legítima, y que su fin se halla muy por cima de nuestra vida? No insisto más sobre este particular: el asunto es importantísimo, y muy corto el tiempo de que podemos disponer; es menester elegir, y yo deseo fijar vuestro pensamiento sobre las consideraciones palpables, como la verdad misma.

La moral, como se dice generalmente, exige una sancion. «Obra bien y serás feliz.» dice la voz de nuestra conciencia. La sentencia de la justicia, es la que pronuncia que en un estado normal, la dicha del individuo debe ser proporcional al bien que existe en él. ¿Pero esta justicia se realiza en torno nuestro? Continuamente llegan hasta nosotros mil quejas de que no es así. Bien lo sabemos; si se trata de las alegrías de este mundo, vemos que no están repartidas con una estricta observancia de las leyes de la moral: la riqueza, la influencia, el poder, no están ligados indisolublemente á la probidad, á la verdad, ni al sacrificio. Pero no nos detengamos en estas nimiedades. Se dice que hay en la vida presente compensaciones á esas flagrantes injusticias de la fortuna, y que estas compensaciones son suficientes para nuestra

conciencia: por ventura, ¿la virtud no lleva consigo su recompensa en la satisfacción misma que experimentamos al ejercerla? ¿No arrastra el vicio en pos de sí su castigo inevitable? Señores: los bienes de este mundo, no son nuestra felicidad; esto es indudable: la fortuna importa muy poco ante la tranquilidad de nuestra conciencia; el medio más seguro de ser feliz en la tierra, es caminar por la senda del orden y del bien; pero estas compensaciones, por más que sean reales, pueden destruir por su naturaleza la cuestión de nuestro porvenir?

Los moralistas han hablado mucho de las grandes satisfacciones de una conciencia pura, pero desconocen las penalidades de una conciencia recta, pues que el deber es exigente, y la conciencia es más delicada á medida que se vá purificando: lo que primero le parecía lícito, ya no lo es; el escrúpulo, que tan admirado es á los ojos del mundo, es un verdadero tormento para el que lo siente. ¡Cuántos dolores, preferibles mil veces si se quiere, á los placeres de la vida, pero al fin, que acongojan al alma!... ¡Ah! el deber estricto, sin explicación, sin esperanza ni ideas de recompensa, es un guía noble de la conciencia, pero al mismo tiempo una carga muy pesada y un yugo muy duro.

Se habla también de los agudos dolores que el remordimiento lleva en sí, y preséntase á la vista un criminal cualquiera, cuyo delicto le sigue doquier envenenando los días de su miserable existencia; pero también la conciencia enmudece; también nos olvidamos de su silencio; también llega á endurecerse y poco á poco la existencia moral cae en la más profunda abyección: es un sol que ha desaparecido, para sustituir sus resplandores con la ténue brillantez de una luz artificial, porque hay veces en que el rayo de la conciencia no se ha apagado del todo, pero en cambio, también, ¡cuántas veces vemos otras que no se moderan, ni sujetan á regla alguna de justicia!

Fijaos, por una parte, en los tormentos que sufren las conciencias delicadas, y por otra, en la calma y el reposo de los que se hallan entregados en la senda del mal: ¿no existe la justicia en el mundo? ¿No se cumplirá nunca esa justicia? ¿Las almas adormecidas no habrán de despertar al fin un día? ¿El porvenir no es una cuestión importantísima, que merece el que nos fijemos en él...?

Pero debemos indicar todavía una dificultad muy poco conocida, y que por lo mismo salta á la vista á cada paso. La justicia no existe en el sentido que la comprendéis, podrá decirse, y por consiguiente, no tenéis razón al colocar la cuestión en esos términos. La moral existe por su propia virtud: el deseo de hallar la felicidad en el cumplimiento del deber, es en el fondo un egoísmo oculto: es preciso amar, querer el bien por sí mismo, y sin consideración alguna de utilidad particular: la virtud lo puede todo y para nada se fija en el porvenir...

Difícil es hallar una objeción más digna para aquellos que la presenten, y por lo mismo vamos á contestarle en muy pocas palabras. No, no es el egoísmo lo que me impulsa á decir que la felicidad debe ser relativa al bien: la deseo por lo que ella es en sí, pues que no soy libre para cambiar mi naturaleza, que me inclina hácia ella de una manera absoluta; pero mi personalidad en este caso importa tan poco, que yo declaro no ser un egoísta, lo mismo para mí que para los demás. Allí donde la felicidad y el bien se separan, aunque yo fuera completamente indiferente en esta cuestión, la voz de mi alma dígame que existe un desorden y que es preciso repararlo. Además, yo temo mucho esa virtud elevada que no se apoya sino en sí misma, porque si el deseo de la felicidad es un elemento primitivo, fundamental de nuestra naturaleza, temo que privado de esperanza alguna no se abandone á las satisfacciones menos nobles de la vida, y que desde la altura de un desinterés absoluto no venga á caer un día en el cieno de la voluptuosidad.—«El hombre, dice Pascal, no es ni un ángel, ni una bestia; pero la desgracia quiere que quien pretende hacer el ángel, hace la bestia.»

Consideremos ahora en sí misma esta necesidad de la felicidad que hemos relacionado con la idea de la justicia. Hay quienes niegan el deber, pero nadie ha negado todavía el deseo de ser feliz: ¿es nacido este deseo de las cosas de la tierra? Siempre la misma cuestión reproduciéndose incesantemente. La vida presente tiene

sus alegrías, pero muchas veces tocamos relativamente como consecuencia de ellas, un amor inconsiderado, ó una ingratitud culpable: hay alegrías en la naturaleza, en el hogar doméstico seguidas de muy gratas satisfacciones; alegrías legítimas, puras.... pero en el fondo, el sentimiento de la vida es muy triste. En testimonio de esta verdad pudiéramos citar aquellas palabras de un Emperador romano, que después de haber llegado al poder más alto del mundo, murió diciendo: «Lo he sido todo, pero ese todo, no es nada.» «Vanidad de vanidades,» que decía un Rey también; y de esta manera pudiéramos recorrer los anales literarios, donde veríamos muchos poetas que no han querido cantar sino placeres ruidosos é insensatas alegrías, y sin embargo, muchas veces mezclaban los más sombríos pensamientos en sus cantos frívolos ó apasionados. Todos conocemos á Beranger, el cancionero popular de la Francia, que en alas de la esperanza, ansiaba por la felicidad: oigámosle cómo pinta ese afán secreto de la humanidad, que por todas partes la busca y cada vez se aparta más de ella, sin embargo:

¿Se descubre acaso, en lontananza
De aquehas nubes, al través profundo?
¡Ah, dice el hombre; en fin, en este mundo,
Es la felicidad vana esperanza!
Corred, con entusiasmo, tras sus huellas
Los que alientos teneis para alcanzarla.
Es fuerza ir más allá, para lograrla,
De esas nubes del cielo, y las estrellas. (1)

La humanidad quiere coronarse de rosas, cantar y reír al mismo tiempo, recoger apresuradamente todas las flores de la vida; pero olvídense de la amarga tristeza que hay en el fondo de su alma. La poesía es un acento dolorido: tanto su dulzura nos conmueve, que ningún encanto tiene para nosotros, si sus ecos no modulan la expresión de la melancolía.

Pero dejemos aparte estos testimonios de Reyes, Emperadores, poetas y cancioneros: es menester buscar un juicio más tranquilo acerca de nuestro destino, y para ello oigamos á un pensador profundo dotado de esa buena fé grave, que es la virtud de los filósofos:

«Al principio de la vida, despertándose nuestra naturaleza con todas las necesidades y facultades que le son inseparables, encuéntrase un mundo que parece ofrecerle un vasto campo á la satisfacción de aquellas y al desarrollo de las segundas. A la vista de ese mundo que encierra toda su felicidad, nuestra naturaleza se precipita en él, lleno de esperanzas y de ilusiones, pero desgraciadamente se desvanecen muy pronto, porque nada se satisface, nada se cumple en la vida. En la juventud, la desgracia nos admira más, que producirnos espanto, porque nos parece que es una anomalía; y hé aquí el por qué nunca se debilita nuestra confianza y seguridad en la vida, porque jamás nos desengañamos. Pero al fin, séase porque un gran golpe venga á herinos de repente y nos haga abrir los ojos, ó porque al cruzar la vida la apariencia venga á ser continua, ello es que la verdad se nos presenta en toda su desnudez, y entonces las esperanzas se desvanecen viniendo á sucederla esa triste indignación que las hace aún más sensibles: entonces, del fondo de nuestra alma dolorida, de nuestra razón herida en sus más íntimas creencias, surge inevitablemente esta pregunta melancólica: ¿por qué, por qué el hombre ha venido á este mundo?....

«Y no creáis que las miserias de la vida tengan sólo el privilegio de tornar el espíritu hácia este problema, no: lo mismo surge de las felicidades que del infortunio, que no ménos nos engañamos en las unas como en las otras. En el momento mismo de la satisfacción de nuestro deseo, presumimos, ó por mejor decir, nos creemos felices con la mayor inocencia; pero si esta satisfacción dura, su encanto ya no nos impresiona y se debilita de una manera tal, que allí donde creímos que fuera completa, poco á poco nos vamos insensiblemente habituando á ella, hasta que al fin degenera en fastidio y desagrado.

«Tal es el fin inevitable de toda felicidad humana; tal es la ley fatal de que no podemos desentendernos. Y si en el instante de alcanzar un goze, se presenta otro que pueda renovar el encanto del primero, sucediéndose así por algún tiempo, la felicidad que brinda

el mundo, antes de penetrarnos que todo es vanidad y humos, como quiera que esa embriaguez no puede durar siempre, llega un momento en que nuestro afán en pos de la felicidad, nacida de la indecisión de nuestros deseos y de la variedad de objetos que los excitan se fija definitivamente, y nuestra naturaleza entonces, concentrando en un solo sentimiento la necesidad de esa dicha, al tocarla, la quiere, la desea por sí misma; pero entonces, cualquiera que sea esta pasión, llega inevitablemente la amarga experiencia que la casualidad tenía lejos de nosotros, porque una vez alcanzada, es ya insuficiente para nuestra alma. En vano se agita por lograr lo que tanto deseaba: ese mismo empeño la desconcierta de una manera triste: aquello que le pareció una realidad se ha desvanecido; no toca el fin de sus deseos, porque el deseo de la felicidad no tiene límites. La felicidad, pues, es una sombra, la vida una decepción, y una celada nuestros deseos. A una demostración tan palpable, no puede objetarse nada: ella es más decisiva que la del infortunio mismo, porque en el infortunio podemos forjarnos algunas ilusiones, acusar nuestra desgracia, en tanto que aquí la verdad es irrefragable por su naturaleza misma: el corazón humano no se satisface en presencia de todas las felicidades de la vida; de modo que esa contemplación melancólica de sí propia que eleva al hombre al pensamiento de su destino, que le inquieta siempre por adivinarlo, más nace del resultado de la dicha que de las miserias de nuestra vida.» (1)

(Se continuará.)

¡ALEGRÍA, ALEGRÍA!

PARA LOS NIÑOS.

Ya llega el tiempo
Del regocijo,
De alegres músicas,
De villancicos.
«El Deseado
Ya ha aparecido;
Esa es la frase,
Ese el grito.
Las madres rien,
Corren los niños,
Suenan tambores,
Todo es bullicio,
Y en todas partes
Se oye lo mismo.
«Un niño nace,
Ese es el Cristo.»

Junto á la lumbre,
Porque hace frio,
Cuenta el abuelo
Lo sucedido.
Era una vírgen;
No tuvo auxilio,
Y en un pesebre
Dió á luz un niño.
Pasó miserias,
Lanzó suspiros,
Y amargo llanto
Vertióle á rios;
Mas todo el mundo
Dice lo mismo:
«Ese que nace,
Ese es el Cristo.»

El hombre es malo,
El mundo inícuo,
Do quier se mira
No hay más que vicio.
Ese que nace,
Vá á redimirnos
De los pecados
En que vivimos.
Suenen rabeles,
Que ya ha venido

(1) Beranger, La Felicidad.

(1) Jouffroy, Misceláneas filosóficas.

El esperado
Por tantos siglos.
Todas las gentes
Dicen lo mismo:
«Ese que nace,
Ese es el Cristo.»

Van los pastores
A ver al niño.
Reyes le ofrecen
Dones muy ricos.
Cantan los ángeles
Su regocijo,
Junto al dichoso
Recien nacido;
Pueblan los astros
El infinito,
Y también cantan
A Dios su himno.
Pues cantan todos,
Cantemos, niños:
«Ese que nace,
Ese es el Cristo.»

REMITIDOS.

RONDA 30 DE NOVIEMBRE DE 1872.

Muy señor mío y hermano en Jesucristo: Confirmando la mía de ayer en la que le remitía las cuentas de fin de mes, y hoy lo hago para manifestarle, que ayer, viniendo del correo para mi posada, serían sobre las siete de la noche, me tenían hecho un accecho dos hombres, los que sin más razones me acometieron con palos, sin que pudiera defenderme, puesto que los primeros me los dieron en la cabeza, causándome dos heridas é inutilizándome casi por completo de ella, como igualmente el brazo izquierdo. No puede conocer, como es natural, siendo yo forastero en esta, á ninguno de los agresores, los cuales tan pronto como cumplieron su cometido desaparecieron, y digo su cometido, porque el indicio sospechoso que hay es, que encontrándome vendiendo libros á la puerta de esta plaza de abasto, pasó muy cerca de mí un sujeto perteneciente al bando neocatólico, el cual pronunció las siguientes frases: «Ó á mí me cortan el cuello, ó mañana ese no vende Biblias.» Las personas que cerca de mí estaban conocen al sujeto á quien se le puede atribuir el hecho que le dejo mencionado. Ya hoy entiende el juzgado en el asunto.

Debo dejar también consignado, que á las voces que daba, acudieron cuatro honrados ciudadanos de buen criterio y me condujeron á la posada; al momento compareció el facultativo, el cual me dió dos puntos en cada una de las dos heridas que tengo en la cabeza, ordenando que inmediatamente viniese el sangrador, el cual rompiéndome dos veces la vena del brazo derecho y una la del izquierdo, no pudo conseguir saliese sangre, pues esta se encontraba completamente paralizada.

Suplico á V. haga público este hecho bárbaro é inaudito, por medio de la prensa, para cuyo efecto espero remita una nota del hecho á D. Antonio Carrasco y á más al periódico *El Cristiano*. No debo dejar de mencionar la buena conducta del facultativo D. Nicolás Sanchez, el que me hace dos visitas diarias, como tampoco la que observan muchos individuos pertenecientes al partido republicano federal; los que me favorecen con sus visitas y cuando pueden en beneficio de mi humilde persona.

Queda de V. su afectísimo hermano,

MANUEL CASAS.

SEVILLA 9 DICIEMBRE 1872.

Señor Don A. C.

Mi estimado amigo: Debo principiar estas líneas rogándole me dispense mi prolongado silencio acerca del adelantamiento de la causa del Señor en esta ciudad. Ocupado incesantemente en el estudio, en la predicación y en la visita pastoral, muy poco tiempo me resta para la correspondencia, así oficial como privada; y si á esto se agrega el recelo que naturalmente se experimenta de no ser imparcial por completo al hablar

uno de su propia obra, con razón podré esperar de su acreditada benevolencia la absolución siquiera, si no la aprobación, de mi falta de cumplimiento á lo que en nuestra disciplina está marcado.

Es mi intención escribirle á principios del año entrante una reseña estadística de los miembros de mi iglesia, alumnos de las escuelas, bautizos, casamientos y entierros que han tenido lugar en la congregación, importe de las limosnas y colectas que se han recaudado y su inversión, etc., durante el año actual, para que tenga Vd. una idea exacta y detallada de todo. De consiguiente, dejando todo esto para mi carta próxima, seré muy breve en esta.

No hay duda alguna que la apertura del magnífico y hermoso templo en un punto céntrico de la ciudad, ha sido un gran paso en la evangelización aquí. Esperimentamos que la misión ha tomado un carácter de más gravedad; la misma predicación del Evangelio parece como que se ha ennoblecido á los ojos de este pueblo; no somos ya mirados con aquel desprecio que antes por la población católica y la indiferente; los periódicos que antes nos zaherían, han enmudecido; y todo revela que hemos sentado un pie firme en esta sociedad.

Otro aspecto se va notando ya en la concurrencia á nuestra iglesia. En los primeros años de esta misión, veíanse asistir á los cultos una muchedumbre casi exclusiva de gente obrera y pobre, y de esa clase se formó la congregación. Hoy, desgraciadamente, por causas que en otra ocasión examinaré, no son tantos los obreros pobres que vienen á escuchar la consoladora palabra del Evangelio (excepción hecha de los que son ya miembros de la iglesia); pero en cambio acuden á todos los cultos, y en especial al del domingo en la noche, muchas personas de la clase media y aun de alguna posición en la sociedad, como oficiales, abogados, médicos, etc. No son todavía muchos los de esta clase que piden ser miembros de la iglesia; pero hay ya algunos que lo han hecho, y no dudo que el número crecerá poco á poco.

Tengo una firme confianza en que Dios hará despertar á este pueblo, y que conociendo la necesidad de la salvación por gracia, se sentirán fuertes para desprenderse del mundano temor que les embarga, y confesarán públicamente al Redentor Jesús, arrojándose en sus amorosos brazos en unión con nosotros. Las oraciones de todos los cristianos deben elevarse á este efecto; porque el día en que de todas las clases de la sociedad haya miembros en nuestras iglesias, podrá decirse que el Evangelio está ya afirmado en nuestra patria, y que muchos en España son salvos por Cristo. Nosotros con mucho trabajo y suplicación plantamos y regamos; pero todos los cristianos de todos los países debemos rogar para que Dios nos dé el crecimiento.

El sentimiento hacia nosotros de una gran parte de esta población, puede comprenderse por el siguiente ejemplo.

Hace algunos meses, entre las muchas personas que se hallaban una noche de domingo á la entrada de la iglesia oyendo la predicación, habia tres señoras respetables por su edad y por su porte exterior. Un amigo nuestro, que se encontraba en Sevilla para negocios, y habia asistido ya á algunos cultos, entró en aquella ocasión, é intencionalmente se paró junto á dichas señoras, y les preguntó:

—Señora, ¿me hace Vd. el favor de decirme qué es esto?

—Una iglesia protestante,—le contestó una de ellas.

—¿Cómo! ¿una iglesia protestante? ¿Una iglesia de herejes? ¿Y se consiente tal infamia en una población tan católica como Sevilla?

—Caballero, esto no es una infamia. Nosotros éramos del mismo parecer que Vd.; pero hemos cambiado.

—¿Qué! ¿son Vds. también protestantes?

—No, señor, somos católicas; pero hemos entrado aquí varias veces, y sabemos que en esta iglesia se predica la verdad pura del Evangelio, lo que también creemos.

—Pero, ¿son Vds. católicas y confiesan que aquí se enseña la verdad?

—Pues ahí verá Vd. Esto mismo habrá de manifestarle que hablamos franca é imparcialmente.

—Me estraña ese lenguaje.

—Vd. es forastero, ¿no es verdad?

—Sí, señoras, estoy aquí solo de paso.

—¡Oh! pues entonces entre Vd., tome asiento, escuche la predicación, y no volverá á hablar mal de los protestantes.

—Señoras, Vds. dispensen.

Y el caballero, saludando, pasó adelante y permaneció durante todo el culto, como tenia de costumbre en los días anteriores.

Ejemplos parecidos á este podría multiplicarlos, si tuviera interés en recojerlos y darles publicidad. Y ellos prueban que en un pueblo que piensan así, puede esperarse una gran regeneración. Lo que podrá ser en lo futuro esta iglesia, solo Dios lo sabe. Nosotros confiamos que la ciudad que tantos y tan ilustres mártires del Evangelio dió en el siglo XVI, ha de ser antes de mucho una ciudad cristiana.

Mis trabajos aquí continúan como antes; los cultos se hallan bien concurridos, especialmente los domingos en la noche, y no cesa de haber peticiones de personas que desean ingresar en nuestra congregación.

Tenemos ya escuelas diarias para niños y niñas, de las que habíamos carecido por mucho tiempo. La casa colegio se halla en un punto muy céntrico y reúne todas las comodidades apetecidas. Las escuelas son limpias, hasta elegantes, bien ventiladas y provistas del menaje correspondiente. Todavía no son muchos los alumnos porque estamos principiando; pero la instrucción, así religiosa como literaria, se dá con solidez y con mucho celo. Ahora estamos preparando una fiestecita de Navidad para los niños y niñas.

De todo estoy gozoso en el Señor que bendice nuestros humildes trabajos en su nombre; y aunque hay también dificultades y algunas amargas padecemos, estamos dispuestos á trabajar más cada día y á sufrirlo todo por el amor de Jesús; que nada es lo que aquí se padece, comparado con aquella gloria que ha de ser manifestada.

Un día de estos remitiré á Vd. la colecta que se hizo en esta iglesia. Y me despido hasta muy pronto.

El Señor bendiga á Vd. y á su familia con las mismas bendiciones que para sí desea este su afectísimo seguro servidor y hermano en Jesucristo.

JUAN B. CABRERA.

SANTANDER 26 OCTUBRE DE 1872.

Sr. Director del *Aviso*:

Espero merecer de Vd. la inserción de esta breve protesta al comunicado anónimo de «un sacerdote católico, apostólico romano.»

Imposible parece que en el último tercio del siglo XIX, y después de los cuatro últimos años en que tan debatida ha sido la cuestión religiosa en nuestra patria, y terminada por la consignación de la Constitución del Estado, el respeto á todos los cultos, venga un hombre ahora, por muchos que sean sus títulos, á herir los sentimientos religiosos de una respetable parte de los españoles, que aunque protestantes, según la expresión del comunicante, están de lleno dentro de la ley, y son tan buenos ciudadanos, si no mejores, ante Dios y los hombres que el que motiva estas líneas.

No permitiendo más latitud las condiciones de esta publicación, me concretaré para rechazar la calificación de «perniciosa influencia» que aplica á la propaganda evangélica que practican los protestantes, deseando comunicar su fé cristiana á sus compatriotas, á recordar al pueblo santanderino, que tal aserto es completamente gratuito, mientras que la influencia del romanismo ofrece numerosos y repetidos ejemplos, bien tristes por cierto, en las naciones que se ha ejercido.

Según el informe estadístico presentado por lord Palmerston á la Cámara de los Comunes de Inglaterra en 1846, y publicado de real orden por el Parlamento, resulta, entre otros, los datos siguientes: en los Estados Pontificios se cometían 443 homicidios al año por cada millon de habitantes, y en Roma de los 4.373 nacidos anualmente, 3.460 ingresaban en los hospicios fundados y costeados por diferentes comunidades de monjas y monjes, á cuya educación y crianza eran encomendados.

Aprovecho esta ocasión para ofrecer toda clase de libros y publicaciones evangélicas, á todo el que quiera

interesarse en la santa obra católica apostólica cristiana.

JOSÉ MANUEL GONZALEZ OLASO.

Reseña mensual de la iglesia evangélica libre de Mahon, calle de Gracia, 73.

Como teníamos anunciado en nuestra anterior, el día 5 del pasado [se celebró la Santa Cena del Señor, y á pesar del gran aguacero que caía y las chispas eléctricas que de vez en cuando nos venían á visitar á través de los cristales, podemos decir con gran gozo en el Señor, que nuestra sala de culto se vió favorecida por un gran número, y que la tranquilidad y la compostura, como siempre, honran sobre manera á los habitantes de esta isla, que á pesar de su vivo genio y alegres costumbres, no por eso dejan de acatar y obedecer con respeto y veneración nuestras costumbres y sanas creencias; 49 fueron los que tomaron parte en la Santa Cena; luego despues de terminado el culto, se recogieron 43 rs.; cuyo importe mandamos al señor Presidente de nuestro consistorio para cumplir con una de sus disposiciones. Dios permita, para su mayor gloria, que en otra ocasión sea mayor la cantidad.

Tan luego como terminamos, nos trasladamos á casa de una de nuestras hermanas, que se hallaba en cama, á ofrecerle, en nombre de Dios, el alimento espiritual, que como ella nos dijo, nosotros repetimos: «¡Oh! Señor, este es el verdadero alimento que me va á dar fuerza y salud pronto. ¡Oh! Señor, cúmplase tu suprema voluntad.» La oferta (suscripción) que algunos hermanos nuestros hicieron para la remesa de un objeto á Barcelona, para el asilo de beneficencia que nuestros hermanos evangélicos de aquel punto pusieron á disposición de los necesitados, toca á su término y pronto se resolverá sobre el particular. Los actos de beneficencia son siempre agradables á Dios y útiles para nuestros semejantes.

Deudores, pues, á una de aquellas creaciones que siempre redundan en beneficio del público, nosotros hemos creído de nuestro deber el imitar el digno ejemplo que nos dió nuestro hermano en Cristo el señor Torner, con la creación de un monte-pío infantil que fundó en la Barceloneta el día 5 de Abril de 1874, el cual ha dado ya grandes resultados. Para este fin, el 4.º de Octubre se convocó á todos los padres y encargados de los niños y niñas, etc., etc., para que concurrieran al local que ocupan nuestras escuelas. Allí se manifestó el pensamiento de crear un fondo, con el fin de poder auxiliar á todos los niños faltos de recurso, en caso de verse enfermos. La propuesta fué acogida con grandes muestras de interés, y la prueba más patente fué que el día 4, primer lunes, designado para comenzar á hacer efectivo el pago semanal, no faltó ni un solo alumno que no se presentara gustoso á depositar su pequeña cuota, la cual ha producido en este mes la suma de 60 rs. vn. con 7 1/2 cént., y esperamos que, mediante Dios, aún producirá mucho más, é interin continuamos reuniendo fondos, procuraremos formar una junta compuesta de algunos padres y ancianos para resolver las bases que se han de adoptar. No dudamos, pues, que este paso producirá grandes beneficios á la obra del Señor, porque primeramente estimulará á los padres y niños á que no dejen nuestras escuelas, y sobre todo, que no cometan tantas faltas.

Únicamente nos falta que los padres y encargados conozcan la importancia de este humanitario monte-pío infantil, y que unan sus preces á las nuestras para que el Padre de las misericordias nos sea propicio. Amen.

Mahon 4.º de Noviembre de 1872.—El pastor, Francisco Tudury.

NOTICIAS VARIAS.

El pastor de la iglesia del Redentor de Madrid, don Antonio Carrasco, se propone publicar una serie de sermones en los que dará á conocer las verdades fundamentales del Evangelio. En ellos expondrá el dogma cristiano y las diferencias que existen entre las religiones evangélica y romana.

Cada mes se publicará un sermón, empezando en el próximo Enero, y el precio de cada uno será el de un

real en toda España franco de porte. Para el extranjero el porte además.

Como quiera que la literatura evangélica es aún muy escasa en España, celebramos el pensamiento de nuestro amigo.

Los pedidos se harán á la redacción de LA LUZ, calle de Quintana, núm. 8, 2.º, ó á D. Andrés Sanchez del Real, calle de Santa Isabel, 39, 2.º derecha, Madrid.

Várias son las personas que se han acercado á nuestra redacción para saber si pensábamos continuar los artículos que hace algun tiempo venimos publicando con el título de «Una visita de San Pablo á la heroica villa de Madrid.» Debemos decirles que desde el primer número del año venidero, empezaremos á publicarlos de nuevo hasta su terminación.

También continuaremos los artículos sobre las misiones para ver de que los cristianos españoles estén al corriente de los progresos del Evangelio de Cristo en el mundo entero.

Llamamos la atención de nuestros lectores y de la prensa toda hácia la carta, que en otro lugar publicamos, y en la que se dá cuenta del bárbaro proceder de los romanos fanáticos con nuestros expendedores de libros religiosos. Ya en otras ocasiones, el Sr. Casas ha sido víctima de atropellos incalificables, y, francamente, nos duele ver que el Gobierno nada hace para que la libertad religiosa sea respetada en provincias.

Acostumbrados á respetar á todo el mundo, queremos que se nos respete, y es lo menos que podemos pedir.

El pastor de la iglesia de Cartagena, D. Felipe Oregón, nos participa que se disponía á dar á su congregación la Santa Cena el día 4.º del año próximo, y que por lo demás todo marchaba bien en aquella ciudad. Lo celebramos.

Nuestros lectores saben que el tren-correo que hace tres ó cuatro días salió de Madrid para Portugal, fué detenido y robado en la estación de Cañada por una partida de diez ó doce malhechores. Entre estos había uno muy cortés, que trataba á los viajeros con mucha consideración, y otro tan devoto, que preguntado por una incauta viajera para qué quería el dinero, contestó que para las *ánimas benditas*.

Dispuestos estamos á creer que la contestación del bandido fué una broma; pero si no lo fuera, no sería la primera vez que se ha visto á un ladrón rezando el rosario en el momento de robar, ó mandando decir misas para que sus fechorías le fuesen perdonadas.

El pastor evangélico D. Guillermo Gulick nos escribe con fecha del 12 del presente, que el cura católico que atacara en un periódico la propaganda protestante, y en especial el Evangelio de San Marcos, no ha vuelto á tomar la palabra despues de las contestaciones que le dieron los Sres. Gonzalez y Flores.

Nos dice además, que hay en Santander almas fieles que se reúnen en su casa para celebrar el culto evangélico y espera en Dios que no pasará mucho tiempo sin que haya una bendición abundante en dicha ciudad.

Dios lo quiera; de todas veras se lo pedimos.

Aunque algo tarde, publicamos en el lugar correspondiente la contestación del Sr. Gonzalez, de Santander á un sacerdote católico, apostólico y romano, de la que hablamos en una de las noticias. Por un olvido involuntario, no la hemos publicado antes.

Una diputación de señoras de todas las naciones se presentó al Papa el pasado domingo con motivo de la fiesta de la Inmaculada Concepción, entregándole un álbum magnífico con 20.000 firmas y una suma de 70.000 escudos.

Mucho debió agradecer el Papa las firmas; pero más agradeció sin duda el donativo.

Dentro de algunos días saldrá de Madrid para Zaragoza el pastor D. Juan Jameson, con objeto de ayudar al Sr. Eximeno en la distribución de la Santa Cena que se dará, según nuestras noticias, el día primero del año.

Anuncia *La Correspondencia de España* la publicación de un periódico redactado por negros que llevará el título de *El Liberto*.

Ahora que la prensa española enmudece sobre esta cuestión ó protesta de la abolición, bueno es que vea la luz pública un periódico redactado por hombres de color, para escarnio de los blancos que autorizan con su silencio la infame institución de la esclavitud.

Entre la estación de Ateca y la inmediata, ha sido barbaramente apedreado el tren correo de Madrid, resultando herido el maquinista.

¡Ni en la Cafrería sucedería otro tanto!

Periódicos de todos matices anuncian la próxima publicación del decreto que ha de poner fin á la esclavitud en Puerto-Rico. Periódicos de todos matices anuncian la nueva, pero ¡triste es decirlo! para combatir la mayor parte de ellos, para no pronunciar ni una sola palabra en su favor los que no há mucho defendían la abolición inmediata y simultánea. ¿A qué móvil obedece el furor de los unos y el silencio de los otros? No lo sabemos, ni queremos saberlo. El pretexto es que la reforma es prematura y perjudicial á las provincias (ellos las llaman colonias) ultramarinas. ¡Cómo si la reparación de un gran crimen fuera perjudicial en algun tiempo! ¡Qué menosprecio de las eternas leyes de la moral! ¡Qué miserable injuria lanzada á la faz de Dios!

Nosotros aplaudimos la medida del Gobierno radical, y confesamos que si lleva á cabo la abolición, habrá merecido, no solo bien de la patria, sino que tambien de la humanidad.

Muy en breve verá la luz pública y se pondrá en venta un interesante folleto que trata de la influencia de los frailes en las islas Filipinas. Aquellos de nuestros lectores que lo adquieran, se convencerán una vez más de que la influencia clerical es deletérea en todas partes. El folleto es debido á la pluma de un ex-sacerdote romano que ha pasado algunos años en aquel remoto archipiélago, y fué escrito antes que renunciara á su carrera eclesiástica.—Cuando esté publicado daremos más pormenores.

Nuestro amigo D. José Forner, de Barcelona, nos escribe con fecha del 40, lo siguiente: En la Barceloneta los curas y las señoras de la Junta de Damas, nos están haciendo un fuego grande, capaz de espantar á cualquiera que no haya empuñado las armas de la fé. Ofrecen á los niños premios de 25, 30 y hasta 400 duros. Anuncian el próximo triunfo del bondadoso y carólico rey Terso y el esterminio de los protestantes; pero, gracias á Dios, mi colegio sigue lleno hasta el extremo de no poder admitir ningun niño más por la poca capacidad del local.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.